

La escritura de la locura: el caso Schreber, LACAN Y LA PSICOSIS

Juan Capetillo Hernández

Comienzo con la última parte del título de mi artículo: Lacan y la psicosis. Se trata de una relación muy amplia, en muchos sentidos: extensa en tiempo, en contenidos, en anécdotas, en escritos, en seminarios. Comienza explícitamente poco antes de 1932, es decir, antes de su tesis de psiquiatría. En un artículo de 1931, reseña la concepción constitucionalista de la paranoia y muestra nula adhesión a esta propuesta; ciertos rasgos de carácter –sobreestimación de sí mismo, desconfianza, marginalidad, querulancia– predisponen a la aparición de la enfermedad y evolucionan en los delirios de interpretación, reivindicativos, erotomaníacos y de celos (Lacan 1998).

Contra este constitucionalismo, al igual que contra el organicismo, enfila sus baterías el joven Lacan en su tesis, en pro de la psicogénesis (1979). Si bien su tesis central de la paranoia de autocastigo –expuesta en su trabajo doctoral– está fuertemente sustentada en ideas de Freud, es claro que Lacan no sostiene una posición freudiana como tal, interesado como está en su “ciencia de la personalidad”, en cuya armazón el psicoanálisis es concebido como uno de sus puntales, junto con la concepción psicogenética de las enfermedades mentales y la puesta en práctica de

la perspectiva de las relaciones de comprensión jasperianas.

No parece haber continuidad para esta ciencia de la personalidad que Lacan pregonaba, no sin fuerza, en su tesis de psiquiatría, la cual, como es conocido, está basada en el análisis a profundidad del llamado caso Aimée. La aproximación de las relaciones de comprensión a los fenómenos de la psicosis es duramente cuestionada por él en trabajos posteriores, con bastante énfasis en el *Seminario 3*, de los años 1955-1956, dedicado a las psicosis (1984). Podría decirse que algunas ideas propias de la psicogénesis perviven, aunque desde otras miradas. Lo que permanece, e incluso en lo que deriva la pretendida ciencia, es el psicoanálisis, al que Lacan entra con su caballo de Troya del *estadio del espejo*.

Éste le permitirá dar un giro en la concepción de la paranoia, el cual producirá una separación entre psicosis y paranoia al introducir el *conocimiento paranoico* como distinto del delirio psicótico, conocimiento que será palanca de Arquímedes para su concepción de la psicosis y del psicoanálisis mismo. Tras la tesis de psiquiatría hay varios textos y desarrollos importantes, así como abandono de ciertas rutas y confirmación de otras; en este momento no se trata, desde luego, de hacer el recorri-

do puntual, únicamente pretendo señalar los grandes momentos del pensamiento de Lacan sobre las psicosis.

Uno de estos, aparte del de la tesis de psiquiatría, central –en el doble sentido de *importancia* y *estar en medio*–, es el que corresponde al *Seminario 3* de los años 1955-1956 y, poco después, al texto “Sobre una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis” (Lacan 2009b, 509-558). Como idea capital de este periodo –en el que Lacan privilegia el trabajo con lo simbólico– tenemos la introducción de la *forclusión del significante del nombre del padre* como mecanismo que impide la incorporación del psicótico en la realidad humana, simbólica.

Otro gran momento de elaboración lacaniana sobre las psicosis ocurre algunos años después de la producción del *objeto a* (*minúscula*) ocurrida en los años sesenta del siglo pasado. El trabajo con lo *real* y el *nudo borromeo* lleva a Lacan a postular, a partir del análisis de una parte importante de la obra de Joyce, la propuesta del *sinthome* como suplencia del nombre del padre, posibilitando el anudamiento borromeico de los tres registros: *real, imaginario, simbólico*.

Solamente los estrechos márgenes del artículo pueden explicar que en tan pocas palabras se presente un enorme y fascinante recorrido de nociones, conceptos, reflexiones, experiencias, textos, a lo largo de los casi cincuenta años en que se desarrolló lo que, en algún sentido, podríamos llamar la *epopeya lacaniana*.

Regresando al título del presente texto, la primera parte introduce un interés particular de Lacan: la escritura de la locura. Basándonos en el psicoanalista, se plasman algunas reflexiones a partir del escrito, famoso en el ámbito de la literatura psiquiátrica y psicoanalítica, de Daniel Paul

¿Cuál es el carácter de estas producciones?, ¿es creación artística?, ¿es literatura, poesía?, ¿quién o quiénes podemos decidir sobre esto? Por otro lado, ¿qué función cumplen los escritos para los locos, sus autores?

Schreber, presidente del Tribunal Superior de Justicia en los años ochenta del siglo XIX, en Dresde, Alemania (2008).

El presidente Schreber constituye uno de los casos clásicos en la historia de la psiquiatría y el psicoanálisis. Ríos de tinta han corrido alrededor de las circunstancias de este famoso psicótico. La aproximación de Freud, su lectura del caso descansa, obligada por las circunstancias, en el escrito de Schreber: sus *Memorias de un enfermo de nervios*. Se concibe de entrada la posibilidad de la constitución subjetiva a través del escrito. Por lo demás, la escritura es una constante en la paranoia, como puede verse en la referencia a algunos paranoicos escritores de peso: Rousseau y Joyce, para citar sólo a dos. Sin embargo, también, los hay que no tienen la “fortuna” del genio escritural, aunque escriban; es más o menos característico, dice Lacan en el *Seminario 3*, que los paranoicos pongan letras en cuadernos o en distintos soportes. ¿Cuál es el carácter de estas producciones?, ¿es creación artística?, ¿es literatura, poesía?, ¿quién o quiénes podemos decidir sobre esto? Por otro lado, ¿qué función cumplen los escritos para los locos, sus autores? Estas preguntas concentran el interés de este texto.

En Aimée –paciente de Lacan a la que mencionamos anteriormente– la escritura juega un papel importante, pues en sus características ensoñaciones se veía como una escritora consagrada. Autoras famosas, como Colette, ocuparon el lugar de su ideal del yo, contra

el que atenta, simbólicamente nos dirá Lacan, en su agresión a la famosa actriz Huguette Duflos.¹ Lacan confiere gran importancia a los escritos de Aimée y sus aspiraciones literarias; analiza sus novelas y las relaciona con rasgos de su personalidad, su objeto teórico de interés en ese momento. Destaca la circunstancia de que las dos novelas de Aimée fueron escritas en momentos de exacerbación de su delirio, a gran velocidad y bajo el influjo de una fuerte excitación. La segunda de ellas fue terminada unos días antes del atentado criminal. Aún más, destaca Lacan, fueron apreciadas por escritores y poetas de renombre a quienes se les mostraron. Cito:

Esta enferma me había atraído por la ardiente significación de sus producciones escritas, cuyo valor literario había asombrado a muchos escritores, desde Fargue y mi querido Crevel, que fueron los primeros en leerlas, hasta Joë Bousquet, quien las consideró de inmediato como admirables; y Éluard, que las incluyó, posteriormente, en la poesía ‘involuntaria’ (Lacan 2009b, 167).

De cualquier manera, en su tiempo fueron rechazadas para la publicación, y los esfuerzos de Lacan por publicarlas fueron infructuosos; por lo demás, no conocemos a Marguerite Anzieu como escritora sino como Aimeé, la paciente de la tesis de psiquiatría de Lacan (Roudinesco y Plon 2008, 28).

En un apéndice de su tesis, un ensayo sobre el estilo en la escritura de la locura, Lacan trae a colación a Rousseau, notable paranoico, escritor de época, profeta, filósofo de la educación y la naturaleza. Lacan se pregunta si la fuente del delirio paranoico de Rousseau es la misma de sus grandes producciones poéticas y filosóficas; si la parte mórbida de su personalidad, que le hace delirar, es la misma que alimenta su papel de autor, de moralista, de ideólogo.

Las citas a Freud en esta tesis de psiquiatría evidencian su lectura. Aparte de textos capitales de la obra freudiana, Lacan cita el escrito de Freud sobre Schreber: “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*Dementia paranoides*) descrito autobiográficamente” (1991, 1-76). Al parecer aún no había leído el texto mismo del presidente Schreber. Esto, tal vez, por las dificultades propias de su lanzamiento al público: censuras, compra masiva de los ejemplares por parte de la familia Schreber, etcétera.

Es en 1955-56, en el marco de su seminario sobre las psicosis, publicado como el número 3 de la serie, cuando Lacan analiza a profundidad el escrito de Schreber. Entre la tesis de 1932 y este seminario transcurrieron alrededor de veinte años de maduración y transformación. Hay, para entonces, una concepción distinta de la paranoia. En este intermedio está la concepción del *conocimiento paranoico* –ni verdad, ni saber– y su impacto en la explicación de las psicosis. Ya no se busca, ahora, la psicogénesis del trastorno mental; se remite a la estructura simbólica. Ya no se busca “comprender” el sentido de las manifestaciones del delirio; se busca la explicación y se pone al significante en el lugar de la causa.

Antecedido de distintos trabajos psicoanalíticos sobre Schre-

ber, por ejemplo los de una lectura inglesa de las *Memorias...*, basada en su traducción al inglés, tradición marginal, por cierto, con respecto a la institución oficial del psicoanálisis, como ocurriría en Francia algunos años después, Lacan desarrolla una lectura magistral del texto de Schreber, sin desligarse de las premisas freudianas, y comienza con la consideración misma del escrito que supone, en la enseñanza que deja Freud, que la locura no es un asunto de déficit o disfunción. Las hipótesis de la homosexualidad y la proyección, como predisponente y mecanismo defensivo, dejarán de ser sustentadas por Lacan y transformadas –podemos decir junto con él–, sin alejarse del sentido de la letra freudiana. Impulsándose en el firme trampolín de la *Verwerfung* (dementida) freudiana, distinta de la *Verdrängung* (represión), Lacan producirá su tesis sobre la forclusión del significante del nombre del padre como mecanismo distintivo de la psicosis.

Las memorias de Schreber –el relato de su delirio–, escritas en un momento en el que habían pasado los episodios más dolorosos y dramáticos del padecimiento (contribuyendo, incluso, de manera importante a esta pacificación) son evidencia de una cierta reordenación del mundo que permite al sujeto una forma de integración simbólica, cierta solución a la pregunta insondable por el goce. Freud concibe la conformación del delirio schreberiano como un intento de curación: convertirse en la mujer de Dios a través de la cual éste engendrará una nueva progenie; un proceso largo que alcanza su grado más alto de curación en la escritura como construcción de ese delirio. Al escribir sus memorias, Schreber se construye como sujeto, más acá del alegato por su liberación del manicomio.



Darkside

Independientemente del efecto, digamos, terapéutico de la escritura del delirio, Schreber es solamente escritor, no poeta, dice en el *Seminario 3* cuando compara su escritura con la de un místico como San Juan de la Cruz. Escritor no en el sentido de la literatura, del arte, sino de alguien que pone escritos en el papel. El místico hace poesía, dice Lacan, Schreber no, con lo que nos señala una diferencia entre los goces de uno y otro: el místico y el psicótico. Ambos –Schreber y San Juan de la Cruz– tienen una relación estrecha con Dios, incluso de esponsal espiritual, en el caso del segundo. ¿Cuál es la diferencia? El místico es un poeta, crea un nuevo ser de significante, lo que significa una ausencia de ser que permite que podamos encontrarnos ahí; Schreber, no, se queda só(o)lo en su delirio, utilizando el “só(o)lo” de esta frase, tanto acentuado como no, para indicar su doble sentido:

se queda él solo en su delirio, nadie lo sigue, y no va más allá de su delirio, se queda ahí.

Esta aseveración de Lacan ha desatado una polémica acerca de la inserción o no de Schreber en la literatura, de Schreber como escritor con, digamos así, todas las de la ley. Polémica que se inscribe en el contexto de la relación entre locura y creación artística, que para algunos, como Foucault, es exclusiva: o locura o arte, aunque no explícita las razones de esto, nos dice Colette Soler (1991).

Mannoni, en *La otra escena. Claves de lo imaginario*, un libro de los años sesenta, niega a Schreber su inscripción en la literatura; considera que puede tratarse más bien de un texto psiquiátrico (1979).

Ramón Alcalde, traductor de la tardía publicación en castellano de las memorias de Schreber, se pronuncia categóricamente por la inclusión de Schreber dentro de la literatura, considerando

que se inscribe en un discurso literario llamado, justamente: la escritura de la locura.

No sería propiamente Schreber el iniciador de este género, ni tampoco su último representante. Estaría precedido por paranoicos brillantes como Rousseau y seguido, entre otros, por uno muy destacado: Joyce.

Emergen, entre otras, dos líneas de interrogantes sobre la escritura de la locura: su constitución o no como un discurso literario, y la función que cumplen para el loco, autor de la misma. Podemos considerar que los escritos de los locos forman un espacio adyacente entre la ficción delirante y la literaria, lo que lleva a preguntarnos: ¿Es la experiencia de la locura universalizante a través de su escritura o constituye la experiencia singular de un alienado? Por el otro lado, y pensándolo a través del escrito de Schreber, ¿podemos verlo como una metáfora delirante que sustituye el término faltante: el significante “nombre del padre”, cuya ausencia produce su locura, buscando suplir esta falta con su delirio?

La reiterada referencia a Joyce implica una comparación con Schreber. El trasfondo de ésta es la pregunta sobre la posibilidad de que la escritura salve de entrar en el caos de la locura, como sería el caso de Joyce mas no de Schreber, quien escribe después de haber vivido ese caos de la manera más insoportable. Quizás sea más coherente la comparación entre Rousseau y Joyce desarrollada por la psicoanalista francesa Colette Soler en el lejano 1999. Se puede decir que ambos personajes se encuentran en los mismos campos: la literatura, la filosofía. No es el caso de Schreber; los campos a los que pertenecen él y Joyce son disímbolos, aunque haya una pretensión de ubicarlos en uno solo: el de la literatura.

Schreber, evidentemente, ha dado material para diferentes campos: el psicoanalítico, el psiquiátrico o el literario; pero también otros autores, desde otras perspectivas han abrevado en su relato. Tenemos el caso notable de Elías Canetti en *Masa y poder*, en el que subraya la veta política del discurso de Schreber, equiparando a éste con el dictador solitario y único. De igual manera, desde el campo mismo del psicoanálisis ha surgido recientemente otra lectura de Schreber que enfatiza el carácter teológico de su texto.

Schreber no está loco, dice Jean Allouch, psicoanalista francés, en 2013; en otra sociedad habría sido un santo. Es un teólogo que tuvo la mala fortuna de ir a parar al hospital psiquiátrico, de caer en las redes de la psiquiatría. Su discurso pertenece al ámbito de la religión y habría que echar por la borda todos los discursos psicopatologizantes que se produjeron sobre el texto de un místico que fue visto como un alienado, como un loco.

Si se trata de un discurso religioso, si Schreber es una especie de profeta de una nueva religión, ¿qué interés puede tener para nosotros los psicoanalistas?, se pregunta Allouch. El de facilitarnos el entendimiento de los goces lacanianos: fálico, del Ser, goce femenino, goce místico, responde. Es este uno de los puertos a los que se arriba en el trabajo de investigación sobre el escrito de un loco que llegó a ser paradigmático en la psiquiatría y el psicoanálisis y que sigue dando de qué hablar. **LPyH**

REFERENCIAS

- Allouch, Jean. 2013. *Schreber teólogo, la injerencia divina II*. Buenos Aires: El Cuenco de Plata.
- Freud, Sigmund. 1991. “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de

paranoia (*Dementia paranoides*) descrito autobiográficamente”. En Sigmund Freud. *Obras completas*, tomo XII, 1-76. Buenos Aires: Amorrortu.

Lacan, Jacques. 1979. *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*. México: Siglo XXI.

—. 1984. *Seminario 3, Las psicosis*. Barcelona: Paidós.

—. 1988. “Structure des psychoses paranoïaques”. *Ornicar?* 44.

—. 2009. “Acerca de la causalidad psíquica”. En *Escritos I*. México: Siglo XXI.

—. 2009. “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”. En *Escritos II*, 509-558. Buenos Aires: Siglo XXI.

Mannoni, Octave. 1979. *La otra escena, claves de lo imaginario*. Argentina: Amorrortu.

Roudinesco, Elisabeth, y Michel Plon. 2008. “Aimée (caso)”. En *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Schreber, Daniel Paul. 2008. *Memorias de un enfermo de nervios*. México: Sexto Piso.

Soler, Colette. 1991. *Estudios sobre la psicosis*. Buenos Aires: Manantial.

NOTA

¹ Cuando salía de una de sus grandiosas presentaciones en el teatro de París, en 1931, la actriz es atacada con un cuchillo por quien fuera la paciente de Lacan. La diva logra atajar el golpe mortal, hiriéndose gravemente en una mano; la agresora es llevada a la policía y, alrededor de un mes después, al Hospital Psiquiátrico de Sainte-Anne, donde se producirá el encuentro con Lacan.

• **Juan Capetillo Hernández** es investigador del Instituto de Investigaciones Psicológicas, UV; psicoanalista. Autor del libro *La emergencia del psicoanálisis en México*, UV (2012) y coautor de *A cien años de introducción del narcisismo (1914-2014)*, UV (2014).